

LOS LIBROS

NOVELA

EL ABRAZO DE LA TIERRA. Novela de *Mari Yan*.—Imprenta Universitaria. Santiago. 1933.

La autora de esta novela, es una joven señora perteneciente a la alta sociedad de este país y ha escogido el campo, para situar y ambientar a los personajes de su relato. Según tenemos entendido, ella vivió en el fundo de sus padres, situado a corta distancia de Santiago y de esta manera nos muestra un aspecto que, desgraciadamente, no es el más interesante del campo chileno y de la modalidad de sus habitantes.

Y decimos esto, por cuanto los escritores que se han ocupado de él, han hablado casi siempre de la región austral; de la cordillera o de las tierras pobres del Maule, que tienen de por sí, mayor relieve y una fisonomía característica, por sus condiciones naturales que siempre ofrecen algo propio o definido. El campo cercano a Santiago, está completamente civilizado, si cabe tal expresión, y por esta circunstancia es bastante difícil darle novedad en lo que se refiere a tipos y paisajes.

Pero esto en realidad no tiene mayor importancia. Creemos que de cada rincón del mundo se puede hablar eternamente, si se tiene habilidad y vocación para ello. A través de cada temperamento se advierte una nota nueva, que fluye de la manera distinta de mirar las cosas. Y en el caso de esta escritora que comienza, debemos felicitarnos de que por encima de otra consideración, nos deje la impresión de que tiene talento, una fina sensibilidad y una delicadeza femenina para mostrarnos lo que

sus ojos ven. No hay en ella la fuerza que hace resaltar la tragedia, pero en cambio fluye de su espíritu una suave y dulce melancolía. Sabe pintar a una mujer entristecida y hablar con raro y singular buen sentido, de ese dolor de amar que, aun cuando se siente hasta muy adentro, cuesta tanto expresarlo conservando las debidas proporciones, para no caer en el sentimentalismo cursi de un folletín.

No quisiéramos referirnos en estas líneas, al argumento de la novela, que no es lo más importante cuando está bien hecha. Quisiéramos más bien referirnos a sus personajes, a quienes la autora ha logrado comunicar una cálida simpatía. De entre las gentes sencillas rústicas e ingenuas, que casi nunca tienen algo interesante que decir fuera de su manera de expresarlo, del gracejo y la malicia criollas, surge la finura de Ana María como una flor aristocrática, llena de gracia y soñadora esquisitez. Se ve la mujer ansiosa de ser comprendida, aquella que no entrega su afecto y la intimidad de su espíritu obedeciendo a un convencionalismo social, sino que lucha por hacer comprender, eso que su fino instinto le sugiere y sin lo cual no se llega a esa relativa dicha, que es humano alcanzar. Una luz suave surge dolidamente de sus pupilas, cuando advierte que el amor no tiene esa inquietud, esa recóndita duda que se deshace en una dulce palabra, o en una mirada que expresa mejor lo que los labios no supieron decir.

La figura de los dos hombres que se mueven dentro del relato es bastante esquiva. Muy poco sabemos de ellos y sus pensamientos permanecen ignorados para nosotros. No obstante hay en ese Juan Carlos, el inequívoco sello del hombre banal, en el cual se ve ese afán epatante del que ha viajado, y, aun cuando no tiene nada dentro del cerebro, sabe decir bellas frivolidades que interesan a una mujer, especialmente a una mujer sensitiva y candorosa como es Ana María, a la cual no será posible coger por el cerebro, sino por aquello que sepa tocar su corazón. La intimidad de Enrique Acevedo se nos queda aún más desconocida, y tanto, que nos desconsuela saber que Ana María se dará a él. Pero en esto ¿hay sinceridad de parte de ella? ¿Es únicamente el abrazo de la tierra, al cual se entrega sin

placer, sin la férvida alegría del amor? Creemos que no. El ensueño ha de seguir aleteando sobre su frente, para hacerla esperar que el ideal que su imaginación forjó, venga ahora a cobijarse junto a ella, con un sentido más próximo a su corazón.

Mari Yan nos ofrece, además, en su libro el placer de saberla bien chilena en sus gustos. No desdeña las costumbres de su tierra y por el contrario habla de ellas con afecto y simpatía, con intención picaresca a veces, débilmente lograda, para poner de relieve algunos dichos de los huasos. Ha escogido muy bien las tonadas que se cantan en las fiestas campesinas en las que hay ese hálito de chilenidad que nos es conocido. Personalmente debemos declarar que nos ha hecho sentir nostalgia de esos días que se perdieron en la neblina azul de los recuerdos. Es por lo demás una escritora bien femenina; en ninguna parte trata de torcer su temperamento. Por el contrario, se encanta describiendo su jardín, el color, el nombre y la fragancia de sus flores poniendo así una nota delicada en el relato, que nos hace recordar a Francis Jammes, cuando nos habla de sus vergeles, donde cosecha poemas exquisitos y flores maravillosas.

En suma, un libro lleno de simpatía. Mari Yan merece ser recibida con entusiastas palabras cordiales y sinceras, y con el limpio anhelo de que siga haciendo su obra, que esperamos sea cada vez más lograda.—*Luis Durand.*

ENSAYOS

LOS CANTORES POPULARES CHILENOS, de *Antonio Acevedo Hernández* (1).

He visto a Acevedo Hernández una tarde del pasado otoño, en el Cementerio General, acompañar los restos del famoso ciego Juan Bautista Peralta, presidido por los violines melan-

(1) «Los Cantores Populares Chilenos», Editorial Nascimento, 1933 Santiago.